

# ¿Se necesita un milagro?

Por: Juan M. Mercado Nieves

El gran filósofo y salsero puertorriqueño, Domingo Quiñones, en su último éxito discográfico resolvió que para superar los problemas de nuestro país se necesita un milagro. Empero, y a pesar de la severa crítica social que surge de dicho éxito, el cantante no pensó en el mal ejemplo que constituyen para nuestro pueblo ciertos funcionarios públicos.

En algunos casos estos individuos coronan el espectro criminal y pretenden burlarse de la inteligencia de sus constituyentes. Estos mutantes payasos amuelan sus colmillos para bucear en las fétidas aguas de la corrupción y la malversación de los recursos del pueblo. ¿Quiénes son? Todos los conocemos por sus acciones y omisiones. Unos dan alarde de su delirium tremens y otros descaradamente se confunden con los delincuentes y manchan con su presencia en la vida pública el funcionamiento de las instituciones en las que el pueblo ha confiado.

La obra de estos individuos es elocuente ya que, por lo general, sus municipios están en déficit y el dinero del pueblo es desviado no se sabe donde. Esta notoria pandilla está compuesta de, entre otros, amolaos, yuyos y buzos que aceptan como algo cotidiano atropellar la imagen de pulcritud que debe permear en el funcionamiento del sector público. En muchos casos estos buzos vampiros que amuelan sus colmillos se visten de ángeles aunque no lo son. Se necesita un milagro.

Se necesita un milagro ya que por mucho tiempo se consideraron intocables, pues, al constituirse sus acciones en beneficios económicos para las instituciones políticas que los respaldan, el gobierno y su bi partidocra-

cia en muchas instancias se ha convertido en sus cómplices. Es de muchos conocido que los municipios a través de sus alcaldes han servido como mecanismos de movilización, financiamiento y lavado de dinero para las campañas políticas de los partidos que han ostentado el poder.

Como resultado de ello, los gobiernos le pagan a estos fundraisers políticos con su complicidad y entorpecimiento de las gestiones de fiscalización promovidas por los funcionarios públicos que están comprometidos con la salud fiscal del país. Ciertamente esta norma es peligrosa y para terminar con ella se necesita más que un milagro.

**Esta notoria pandilla está compuesta de, entre otros, amolaos, yuyos y buzos que aceptan como algo cotidiano atropellar la imagen de pulcritud que debe permear en el funcionamiento del sector público.**

Este repulsivo comportamiento tiene que ser erradicado, más no debe ser objeto de burla ni mofa, debe servir para que el pueblo reflexione sobre sus líderes y la manera en que operan. Los puertorriqueños no podemos permitir que estas personas lancen nuestra confianza al lodoso pantano del despilfarro, los malos ejemplos y la calamitosa corrupción. Tampoco debemos permitir que estos individuos amortajen a los me-

dios de comunicación en sus funciones, al pretender usarlos únicamente como mecanismos de relaciones públicas. La democracia no se circunscribe a permitir que se nos dirija como ganado cada cuatro años a votar. La verdadera democracia no se limita al ejercicio electoral. La democracia implica poder, y el poder implica conocimiento y el conocimiento es la muerte de la ignorancia. Para reclamar nuestro poder es preciso que estemos bien informados y que conforme a ello, ejercitemos responsablemente los derechos que nos son supeuestamente garantizados.

El voto no es pataleteo ni macarenas, tampoco alé, alé. En el voto debe residir la conciencia y la confianza del pueblo. Nosotros mismos, el pueblo, no debemos permitir que los batuteros de la corrupción minen nuestra capacidad de indignarnos. La recuperación de estos poderes no puede residir para nosotros en las fronteras de la fe o lo inexplicable, para ello no se necesita un milagro, lo que se hace preciso es la acción.

No podemos esperar el milagro, este no es el momento de arrastrar los pies. Tenemos que actuar ya que mientras esperamos los mutantes pseudo-servidores públicos saquean las arcas del país, entorpecen la labor fiscalizadora, entretienen o amortajan a la prensa con sus travesuras y desvían la atención del pueblo de los verdaderos problemas que nos aquejan.

No hacerlo sería engrandecer esta bochornosa conducta y nos haría aduladores de esta llaga política y social tras servir como encubridores de un comportamiento que atenta en contra de nuestros mejores intereses. El milagro está en nuestras manos ya que sólo con nuestras acciones podremos fortalecer a la nación.